



# Vivir la diversidad. Identidades y cultura en dos contextos urbanos de México\*

RESEÑADO POR RODRIGO DÍAZ CRUZ\*\*

Al terminar de leer *Vivir la diversidad. Identidades y cultura en dos contextos urbanos de México* se me impuso una imagen inevitable: la de pensar a la ciudad como un oráculo. Los medios, y a veces la realidad, nos están acostumbrando a que el ámbito privilegiado de la nota roja es el urbano, y por lo tanto compartido por cada uno de nosotros, no exclusivo de los delincuentes, de cuyos actos se extraían, en otros tiempos, moralejas y lecciones morales para el resto de la sociedad. Según la época, el delincuente quedaba explicado por alguna protuberancia en el cráneo, por el color de la piel, por su mirada torva, por una familia destrozada o una infancia infeliz. Actualmente es la ciudad *per se* la anómala y maligna: quien revise las últimas encuestas de opinión no encontrará sino esta representación monstruosa de la Ciudad de México. Nuestros parientes y amigos que viven en el interior de la República, en ciudades con dimensión humana, persisten con este reclamo en cada visita que nos hacen: cómo es posible que podamos vivir en una urbe como ésta. Temen, no sin razón, salir de noche, manejar, la incesante tos, tomar un taxi; para quienes viven

en Guadalajara, el otro contexto urbano al que se refiere el título del libro, dichas vivencias ya no son tan ajenas. Otros ya saben de los peligros de llegar a la Perla Tapatía en un carro con placas del D.F. Acaso para contrarrestar estas representaciones de la ciudad, desde la misma *Introducción* María Ana Portal nos señala cuál fue una de las convicciones —una convicción argumentada— que animó a la investigación colectiva que ahora, como parte de sus resultados, hace público este libro:

Pero la ciudad —escribe Portal— no se reduce a los procesos desarticuladores y tendencialmente destructivos. Frente a éstos aparecen otros procesos que actúan en sentido inverso: formas de integración del espacio urbano, prácticas sociales, religiosas y políticas que hacen que los habitantes generen referencias de identidad, nuevos usos de lo público, nuevas formas de apropiación de lo local (...) Los participantes en este proyecto le “apostamos” al *sentido* de la urbe, a la ciudad vista como espacio de construcción ciudadana, como patrimonio colectivo, como vivencia cotidiana... (pp. 7-8; cursivas en el original).

Esta convicción está asociada con la siguiente interrogante, a la que han atendido los once artículos que integran el libro: ¿cómo se vive lo urbano desde los distintos territorios socioculturales, desde los espacios fragmentados y multicéntricos de la ciudad? (pp. 9 y 10). Es decir, existe un énfasis, que es importante destacar, por esclarecer la experiencia misma de vivir la urbe. De aquí que no sea casual que uno de los trabajos subraye la noción de la *experiencia existencial de habitar* la ciudad. Y aquí es donde se me apareció la imagen de la ciudad como un oráculo pues, al dar cuenta de esa interrogante que he transcrito, los autores indagaron en las cosas y en las prácticas, en pueblos y barrios, en fraccionamientos, unidades habitacionales y colonias, en las asociaciones y movimientos sociales, en la memoria y tradición oral, para extraer de ellos aquellas significaciones, aquellos sentidos, que respondan a las preguntas sobre los destinos que están en juego, para descubrir las cosas que se ocultan del presente y, a través de este develamiento, descubrir y construir el propio futuro. Hay, entonces, a lo largo del libro, como un espíritu prospectivo, como un otear al horizonte, por eso los trabajos señalan a las políticas públicas; evalúan asociaciones y movimientos; afirman los supuestos, no siempre consistentes, que tienen las narrativas en la constitución de las identidades colectivas; reconocen los usos múltiples, en conflicto, de los espacios urbanos; sopesan lo que ha sido y podrá ser vivir la diversidad en los dos contextos urbanos de México a los que aluden. No obstante, en esta búsqueda por encontrar los sentidos locales de la urbe, por indicar aque-

\* María Ana Portal, coord., *Vivir la diversidad. Identidades y cultura en dos contextos urbanos de México*, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, México, 2001.

\*\* Profesor investigador del Departamento de Antropología de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa.

llos procesos que van en sentido contrario a los “desarticuladores y tendencialmente destructivos” que, en efecto, los textos ilustran, a veces sobredimensionan algunas consecuencias de ciertas prácticas, algo así, si se quiere, como una sobreinterpretación del oráculo. Más abajo abundaré sobre este punto.

Aunque responden a interrogantes e inquietudes compartidas, cada uno de los trabajos las resolvió a su modo, en función de su propio objeto de estudio. Es decir, cada ensayo propuso su propia trama conceptual, su singular forma de presentar los datos, sus estrategias de investigación distintivas, sus preguntas e hipótesis de trabajo específicas. Así, y sólo con el propósito de abrir el apetito por el libro que aquí se presenta, María Ana Portal recurre, en su artículo sobre los contrastes de habitar en un pueblo, un barrio y una unidad habitacional, al desvanecimiento de las fronteras del espacio vivido, a la generación de multimedialidades, a los geosímbolos; Angela Giglia adopta un par de oposiciones, *espacio público abierto/cerrado* y *el adentro/afuera*, para ilustrar las tensiones de vivir en la Villa Olímpica; sobre el patrimonio histórico, la administración del espacio público y el consumo de un centro histórico, el de Tlalpan, trata el ensayo de Adriana Aguayo y Mariana Delgado; Julia Isabel Flores y Vania Salles elaboran los conceptos de arraigo, apego, pertenencia socioterritorial y redes para dar cuenta de los procesos identitarios en Xochimilco; Francisca Lima hace del espacio público de Xochimilco, y de sus significaciones cambiantes a lo largo del tiempo, el objeto central de su indagación; en el trabajo de María Eugenia Ramírez se abunda sobre la categoría *experiencia existencial de habitar* en tanto un componente de las cartografías mentales individuales y sociales,

en cuyas coordenadas se estructuran las identidades; Raquel Guzmán recoge mitos y leyendas, elementos constitutivos de la tradición oral y la memoria, para discutir la construcción de la identidad en Xochimilco; en el ensayo de Iván Gómez se demuestra cómo se inventa y revitaliza una tradición, la historia fundacional de Milpa Alta, para retrotraerla a la lucha reciente por la tierra; Patricia Safa expone la creación e historia de un espacio de acción política, una organización vecinal en la zona metropolitana de Guadalajara con 50 años de existencia, para evaluar su funcionamiento interno a partir de diversos modelos de democracia; Lilián Solórzano muestra la heterogeneidad y pluralidad, en objetivos y funcionamiento, con las cuales están configuradas diversas organizaciones culturales en Guadalajara, vincula además sus reflexiones con una discusión en torno a las políticas culturales; y finalmente, para terminar de abrir el apetito, Jorge Aceves hace un homenaje y vindicación del pan tradicional, y expone la situación contemporánea de la industria panadera artesanal en Guadalajara, que igual es aplicable a cualquier otra parte del país.

Tal vez por pereza he señalado apenas algunos rasgos constitutivos de los artículos de acuerdo al orden como están presentados en el libro. Hay, desde luego, otras formas de organizarlos. Por ejemplo, según las tesis centrales que animaron a la investigación y finalmente a la escritura por parte de sus autores. Un tema que a todas luces destaca es el de las identidades colectivas. Y es sobre este punto que trataré de hacer algunos comentarios críticos. En buena parte de los trabajos que tratan este tema hay como una caracterización *sublime* de las identidades colectivas al momento de darle sentido al hecho de vivir la ciudad. Frente a la inseguridad

y la contaminación, a la segregación y la pobreza, al avance imparable de la mancha urbana sobre territorios tradicionales y campos agrícolas, los actos de identidad funge como un recurso cultural que otorga alivio y acoge a quienes los recrean; confieren un sentido a la experiencia urbana, colectivamente mediado, y más o menos unitario, bien sea a través de las fiestas locales, de las narrativas tradicionales o de los usos y significaciones compartidas del espacio urbano. No es de extrañar, en consecuencia, que algunos ensayos destaquen la vitalidad de los actos de identidad celebrados en los pueblos y barrios tradicionales —hoy incorporados a la ciudad— en oposición con su débil presencia en los fraccionamientos y unidades habitacionales. Atiéndase, por ejemplo, este pasaje: “la vida de los habitantes [de las unidades habitacionales] transcurre mayoritariamente fuera de la unidad y dentro de sus casas, sin historia, sin anclaje” (p. 29). O bien, que se reivindicuen ciertas acciones y narrativas tradicionales que practican los habitantes originarios en contraste con los recién llegados, y de aquí se infiera una cultura local más o menos delimitada, como la cultura xochimilca (p. 152). Me parece que a veces subyace la dicotomía tradición/modernidad a la hora de dar cuenta de la presencia o no, de la vitalidad o debilidad, de los actos colectivos de identidad en tanto marco general para ilustrar qué significa vivir la diversidad en la ciudad. No sobra preguntarse si no estamos en cambio ante representaciones imaginadas de la comunidad, o ante *representaciones* de la identidad. Creo que es dable defender que de acciones colectivas concertadas, con propósitos comunes e incluso notas culturales compartidas, no se infiere, para todos los casos, que estamos ante la ex-

presión de una identidad colectiva; lo inverso también podría defenderse: de cierta identidad colectiva presupuesta no se puede inferir, para todos los casos, como resultado, acciones colectivas concertadas. Nos hallamos desgarrados por una pluralidad de identidades y reconocimientos, no determinados o encauzados por una identidad y un reconocimiento singular: somos mucho más que nuestro pasado, nuestra familia, nuestra tierra o nuestra comunidad. Porque para vivir a veces hay que olvidar la propia historia y tradición o fragmentos de ellas, toparnos con olvidos liberadores que nos permitan ingresar a otras identidades materiales e incluso a la identidad formal, esa clase de identidad según la cual antes que nada somos seres humanos, como bien lo dice un personaje de la ópera *La flauta mágica* de ese ilustrado que fue Mozart.<sup>1</sup>

Asociado a estas dificultades, está el hecho de que en ocasiones los trabajos enfatizan en exceso la naturaleza socioterritorial de las identidades. Consúltese, por ejemplo, esta cita: “sostenemos que la pertenencia socioterritorial (que abarca los sentimientos de arraigo y apego) forma parte de las dimensiones constitutivas de las identidades” (p. 66). El arraigo y apego a la tierra, a la casa, al barrio o al pueblo son, con todas sus connotaciones e implicaciones, bastante

significativos, qué duda cabe, sin embargo de ellos sólo se configura una de las identidades posibles de cada ser humano, no la identidad que guía las acciones o dota de sentido a las vivencias. De otro modo podríamos incurrir en el peligro de la arrogancia de la comunidad: defender a toda costa las tradiciones, apelar a la autenticidad de la cultura en cuanto fidelidad con el pasado, en suma, a más de lo mismo, a inclinaciones sectarias y amurallamientos reflexivos y materiales. Sobredimensionar el vínculo entre territorio, comunidad e identidad implica condenar a sus habitantes a estar anclados y arraigados por los dictados de su tradición y la fuerza afectiva que ésta supone a ese pedazo de tierra, a ese pedazo de cielo, en el que han vivido, a cambio de investir de sentido y orden a, y de ofrecer dispositivos simbólicos con los cuales contender con, las experiencias de una ciudad desvanecida y multicéntrica.

Nociones como autenticidad cultural, tradición, arraigo y apego al pedazo de tierra y cielo, las referencias continuas a las leyendas y mitos, a la defensa de las propias creencias, a los usos y significaciones otorgados al espacio no son, no pueden ser, inmunes a la crítica. A dichas nociones, referencias, usos y significaciones han apelado los grupos de la derecha intolerante en los países desarro-

llados que literalmente están cazando y linchando inmigrantes ilegales provenientes del Tercer Mundo para proteger, se dice, sus empleos, sus valores, sus notas de identidad; en Tepoztlán los auténticos tepoztecos, como se autodenominan, acusan a los “tepostizos”, es decir, los inmigrantes, de todos los males que les aquejan; o bien los católicos en Ixmiquilpan, quienes están dispuestos a correr de su comunidad a los conversos religiosos. En síntesis, de la defensa de alguna concepción sublime de las identidades colectivas, en tanto que dotan de sentido ordenado a las experiencias y a la vida social, no es difícil sucumbir en la arrogancia de las comunidades. En oposición a esta arrogancia, y este dato y esta preocupación también se encuentra en los textos en tensión, en enfática tensión, con alguna concepción sublime, nuestras identidades —ya personales, ya colectivas, inconsistentes, contradictorias, múltiples—, suponen una búsqueda, como ha escrito Victoria Camps, en ese extraño vaivén entre lo universal y lo singular, una expansión hacia fuera, pues ésta y no otra es la prueba de su persistencia y validez. El libro que coordina María Ana Portal está abierto al debate y también nos ofrece lecciones, lecciones etnográficas, metodológicas y conceptuales: invito a su lectura para aprender de él y polemizar con los autores.

<sup>1</sup> Véase para la distinción entre identidades formales y materiales, Carlos Pereda, *Crítica de la razón arrogante*, Taurus, 1998.